

esperanza de hacer real, un día, aquel dulce engaño de mecer un niño.

Cerca de allí estaba la silla alta con brazos y barandilla, de su primera hija.

—¡Ah! la sillita de mi Concha—dijo, reconociéndola Consuelo.

—No, señora; ahora es de Paquito; el niño pequeño—dijo la criada.

Quedó sola, poco después, Consuelo, y soñadora, acongojada y trémula, compuso con la imaginación el cuadro de familia que aquel comedor presentaría, cuadro venturoso que nunca se había presentado para ella.

Figurábase á su marido sentado en el baticón, repasando las lecciones al mayorcito; su hija Concha cose que te cose ropitas para los niños, ó quizás dando el pecho generoso al dormido chiquitín; otro niño jugando con pajaritas de papel ó soldadotes que su padre le hacía; su yerno, el marido de Concha, leyendo en alta voz un periódico ilustrado, en cuya imprenta trabajaba como grabador, y explicando los grabados á los pequeñuelos...

Y comparaba aquel cuadro de paz y alegría, de sosiego y de virtud, con la terrible soledad de sus noches y el irreparable hastío de sus días.

Pero su mayor sorpresa fué hallar intacto, como lo dejó, su cuartito. La mesilla de pino en cuya tabla pintó su marido las dos cifras de los nombres enlazadas; las tapas de un libro comercial que le sirvieron de cartera para escribir con torpe letra y peor concepto, pero con liviano ardor, tantos billetes clandestinos á su primer amante; los tarretes de cristal donde solía poner ramos de flores, todo estaba igual! Todo como lo dejó el día de su fuga, y por eso no se atrevió á mirar el tintero! Temía que hubieran renovado también la tinta, por si un día, arrepentida y suplicante, quizás menesterosa, venía á pedir gracia y perdón.

¿Qué era aquello? ¿Se la esperaba? ¿Es que no se consideraba definitiva su partida? ¿Es que en aquella casa tenían de ella mejor concepto que ella misma?

Sobre la consola de la misma habitación, metido en un fanalillo recompuesto con tiras de papel, vió otro recuerdo doloroso: un ramo de flores seco y deshojado. Era el mismo que el día antes de su fuga la compró su marido en la verbena de San Antonio. Y bajo de una copa grande de cristal, que hacía pareja con el fanalito, otro ramo de flores artificiales. La flor de azahar que llevó en el pecho el día de su boda! ¡Eh!, su pobre esposo, fué quien desprendió de su pecho alborozado aquella simbólica guirnalda!

Recordó, entonces, juntamente, el tierno primer abrazo de su marido, en cuyo pecho escondió ufana su gentil cabeza, y la fuga osada, escandalosa é impudica, con su amante.

Parangonó después á los dos como para disculparse á sí misma y justificarse ante su conciencia, intentando recordar si su esposo era desagradable y repulsivo.

¡Pero no! Allí mismo, en un marquito de papel cañamazo, estaba una pequeña fotografía de su marido.

¡Toma! ¡Pues si era guapo! ¡Ya lo creo! Guapo de veras... y bueno. ¡Y qué jóven estaba!

Entonces comparó mentalmente su lecho de esposa sin marido, su lecho de adúltera y su lecho de viuda y de abandonada, con aquel lecho correctamente mullido, limpio y honrado, donde un día, que no debió olvidar, aceptó con legítimo anhelo los misteriosos deberes que su vínculo sagrado le imponía.

Y bañada en lágrimas, convulsa y sollozante, cayó de bruce sobre el lecho, murmurando con ronca voz el nombre de su esposo, y abrazando con brusco feroz la sombra... que ella quisiera reanimar, de su infeliz marido...

Sacáronla de allí desmayada.

Los ruegos de su hija lograron de ella que se instalara en aquella su antigua casa, unidas ya la madre y la hija por un dolor que reparaba el crimen y la deshonra.

Pero ni los consuelos de la hija, ni la alegría del hogar, ni los cuidados de todos, pu-

dieron vencer la mortal pesadumbre que invadía su espíritu.

Pocos meses después murió consumida por una fiebre pertinaz y maligna.

Murió arrepentida, sí, pero el arrepentimiento muchas veces fortalece y vivifica, y ella no se murió por eso... Murió desesperada y febril, sin poder dominar un tardío y estéril amor...

¡Loca de amor por su infeliz marido!

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.

La promesa de un génio

ERA la noche del 31 de Diciembre del año de 1800, y en uno de los bosques vírgenes del continente americano, los génios y las hadas celebraban con gran fiesta el nacimiento del siglo XIX.

Toda la naturaleza se había empeñado en dar esplendor á esa fiesta; la luna atravesaba majestuosamente sobre un cielo sembrado de estrellas que se eclipsaban á su paso.

Las selvas habían encendido sus fuegos fatuos que se movían inciertos entre la hierba; los bosques lanzaban la claridad fosforescente de los podridos troncos, y los insectos luminosos se cruzaban, arrastrándose unos, y otros volando rápidamente y describiendo líneas rectas en encontradas direcciones.

Los pájaros de la noche cantaban entre las ramas; las auras sacudían las hojas de los árboles, dando las notas bajas del concierto, y se escuchaban en la lejanía el monótono ruido de las cataratas y los acompasados tumbos de los mares.

Los génios y las hadas danzaban y cantaban, y cada uno de ellos había hecho un don al recién nacido, y de ninguno de esos dones se hablaba tanto como del que le habían presentado en extraña unión el agua y el fuego, ofreciéndole que de allí saldría poderosa fuerza que haría mover las más pesadas máquinas, que arrastrarían en vertiginosa carrera enormes trenes, á través de los campos, y llevarían las embarcaciones entre las olas encrespadas, con más facilidad que si soplara un viento protector. Aquel don sería el asombro de la humanidad en el siglo XIX.

Pero entre aquel concurso de génios, había uno que nada hablaba ni nada ofrecía para el que iba á nacer: era un génio de ojos brillantes: envuelto en crespones de color de cielo, y que llevaba por único adorno una chispa sobre la frente; pero tan luminosa, tan brillante, tan intensa, que parecía haberse concentrado allí toda la luz del sol.

—Y tú, ¿qué das al que va á nacer?—le decían los demás.—Nosotros hemos agotado nuestros tesoros en éste y en todos los siglos que han nacido y que han muerto, y tú, hasta hoy, nunca has dado nada, y siempre con ese aspecto misterioso, como si poseyeras inmensas riquezas.

—La hora de mi reino no había llegado aún; pero ha sonado, y abriré para este siglo las puertas de mis tesoros, tan desconocidos como inagotables. Yo daré á la palabra la rapidez del rayo, yo daré al oído la finura que vosotros mismos no tenéis; yo haré desaparecer las sombras de la noche, dando á la humanidad para su servicio la luz del relámpago; yo haré cruzar el pensamiento de los hombres debajo de las aguas del Océano, y no habrá un arte ni habrá una ciencia que no reciban por mí nuevo impulso; que yo mismo apenas conozco los tesoros que guardo.

Los génios y las hadas rieron estrepitosamente de aquellas palabras; pero el génio desprendió la chispa que llevaba en la frente y la colocó en el pecho del recién nacido, en el momento que pasaba la media noche, y el siglo XIX, saliendo de lo infinito tendía sus alas sobre la tierra.

Los años pasaron con esa rapidez con que hace nuestro planeta su camino; y cuando ya caduco, iba el siglo á hundirse otra vez en la eternidad, las promesas del génio se habían cumplido: los hilos del telégrafo formaban sobre la superficie de las naciones civilizadas

inmensas arpas cólicas, donde al cruzar los vientos sonaba la nota del progreso. El teléfono llevaba en el secreto la palabra humana en las vibraciones de un alambre; en el fondo del Océano, las sirenas se agrupaban á los cables para sorprender á su paso las noticias de lo que acontecía sobre la tierra; el giro de un botón bastaba para iluminar una ciudad con toda la claridad del día; y la mano de un niño mandaba la chispa que inflamara la mina que despedazaba, en el fondo de las aguas, los más terribles escollos; y hasta el vapor, que tanto había asombrado, iba cediendo su puesto á una fuerza motriz desconocida hasta entonces y misteriosa.

El génio de la chispa luminosa decía muchas veces á sus compañeros: "He cumplido mis promesas, y os advierto que todavía el hombre ha penetrado apenas en el pórtico de mi palacio."

EL GENERAL RIVA PALACIO.

A LA VIRGEN MARIA.

El peregrino en el mundano suelo, Enfermo de pesar y de tristeza, ¿Por qué no ha de ampararse en tu grandeza, Rosa de Jericó, Puerta del Cielo?... ¿Dónde encontrar el íntimo consuelo

Que le niega al mortal naturaleza, Sino sólo en tu gracia, en tu pureza, Bajo tu azul y misterioso velo?

Mis hijos, que en tu fé se bautizaron, Siempre tendrán en tí los ojos fijos; ¡Sus ojos, que al abrirse te buscaron! Yo sé para mis dulces regocijos, Que tú desde que huérfanos quedaron, ¡Eres la sola Madre de mis hijos!

JUAN DE DIOS PEZA.

SONETO.

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa, sin dejarme vivir, vive serena aquella luz que fué mi gloria y pena, y me hace guerra, cuando en paz reposa;

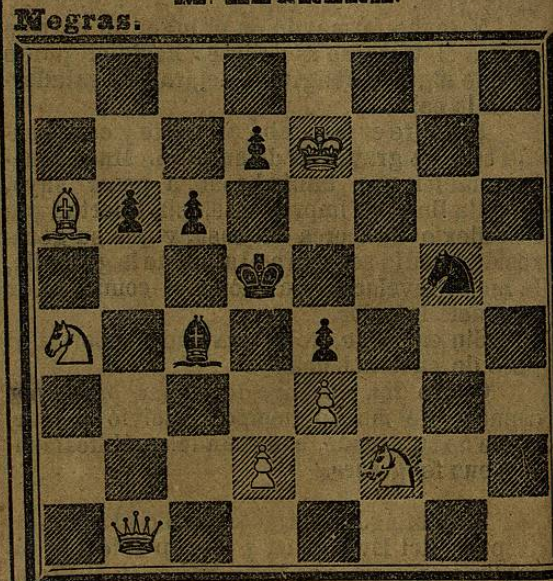
Tan vivo está el jazmin, la pura rosa, que blandamente ardiendo en azucena, me abraza el alma, de memorias llena, ceniza de su fénix amorosa.

¡Oh, memoria cruel de mis enojos! ¿Qué honor te puede dar mi sentimiento en polvo convertidos sus despojos? Permíteme callar sólo un momento, que ya no tienen lágrimas mis ojos, ni conceptos de amor ni pensamiento.

LOPE DE VEGA.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.



Salen las blancas y dan mate en 5 movimientos. Solución del problema publicado el domingo pasado. 1. R f2—R h 6.—2. C toma P—R g 6.—3. C e 5+ R h 6.—4. P g 5+—R h 5.—5. T h 7+.



Tomo III. México, Domingo 10 de Septiembre de 1893. Núm. 113

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XVI Estábamos á fines de Octubre, mediaba el otoño, y los campos reverdecidos por las lluvias hacían gala de sus follajes. Las mañanas eran limpias, frescas, pródigas en luz; los crepúsculos breves, espléndidos, incomparables.

Me placía vagar por los alrededores de Villaverde. Cien veces recorrí las márgenes del Pedregoso, y otras tantas vi, desde lo más alto de la colina del Escobillar, la puesta del sol. Mi sitio favorito, á donde iba yo todas las tardes, era una roca casi plana, que parecía derrumbada del último plomo, y que la deada sobre un peñasco, me brindaba cómodo asiento que circundaban buvardias coralíneas, cebadillas de suave fragancia, helechos maravillosos y vaporosas gramíneas que, mecidas por el viento esparcían el pardo plumón de sus espigas maduras.

¡Qué panorama tan hermoso! A mis piés, las primeras calles de la ciudad, como extendidas en una alfombra de felpa amarillenta; la alameda de Santa Catalina; los edificios apiñándose á proporción que se acercaban á la Plaza; el poblado dividido por el río, y á orillas de éste el convento franciscano, lígubre y sombrío, desolado y triste, como si llorara la ausencia de sus mendigos.

Del lado del Norte, las lomas de San Antonio; los potreros del Escobillar; las casucas del Barrio-Alto, ocultas en la espesura de los juncuales y de los naranjales.

Al Oriente lo más pintoresco de la vega. A derecha é izquierda las montañas de Mata-

Jalbegado surgía de la espesura como un pilar ruinoso. Y aquí, y allá, y más allá, y por todas partes, en sabanas, vertientes y rastros, aureo centelleo de amarillas flores, precaruros de los días lúgubres y melancólicos de la primera semana de Noviembre.

Los últimos fuegos del moribundo sol fulguraban en la tranquila ciudad, en los azulejos de las cúpulas y de los campanarios, y espejaban en las vidrieras, y prestaban brillos argentados al Pedregoso. Las aves volaban raudas á sus nidios, millares de pajarillos cantaban en los matorrales de la colina, y el viento susurraba en las gramíneas.

Me abismaba yo en la contemplación de aquel espectáculo encantador; se despertaban en mi mente dulces memorias, y se estremecían en mi corazón sentimientos y ternuras del amor primero; de mis labios se escapaban las más bellas estrofas de mi poeta favorito; mi mano trazaba en la tierra roja un nombre amado, y entre las sombras que bajaban en tropel hacia la llanura, creía yo ver la silueta donairoza de gentil doncella.

A tales delirios,—que delirios eran, y nada más—sucedió en mi alma cierta melancolía dolorosa, que me arrancaba un suspiro y humedecía mis ojos. Y buscaba yo, entre las mil casas de Villaverde, la humilde casita de mis tías. Ahí estaban las buenas ancianas que tanto me querían; ahí estaba Angelina, la pobre huérfana, objeto de mi amor. Quedito, muy quedito, temeroso de que alguno me oyera, decía el nombre de la dulce niña, como si estuviera cerca de mí, y pudiera esca-